

# *Dos culturas, tres culturas.*

## *Una aproximación al debate sobre la ciencia y las humanidades\**

Cristina Beatriz Fernández  
Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET

A propósito de Charles Percy Snow, *Las dos culturas*, introducción de Stefan Collini, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000 (1959) y Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, FCE, 1994 (1985).

En 1959, Charles Percy Snow dictó un ciclo de conferencias en la Universidad de Cambridge, cuyo título se convertiría en el nombre de un particular enfoque sobre la relación entre distintos saberes: *Las dos culturas*. En ellas retomaba un debate que había cobrado forma en el siglo XIX, pues fue en la época del Romanticismo cuando se hizo notoria la desazón generada por la escisión de las dos esferas involucradas en la reflexión de Snow: la ciencia y las humanidades.

Con una muy útil introducción de Stefan Collini, la lectura de *Las dos culturas*<sup>1</sup> se convierte en una invitación a repensar la forma en que fueron *disciplinados* los distintos saberes y las relaciones mutuas entre ellos. El libro está organizado en dos grandes secciones: en la primera, “Las dos culturas I. La conferencia Rede”, se recogen las cuatro conferencias dictadas en la Universidad de Cambridge en 1959, y en la segunda, “Las dos culturas II. Una segunda mirada”, de 1963, se incluyen los planteos que Snow aclaró o reformuló tras el debate con el crítico literario F. R. Leavis. Para retomar los conceptos medulares de ese texto, bastaría recordar que, en la conferencia “Las dos culturas” –la primera del ciclo de 1959–, Snow denuncia cómo la vida intelectual de Occidente se ha polarizado en dos bandos o sectores bien diferenciados: los intelectuales literarios –o intelectuales a secas– y los científicos. Al referirse a este último grupo alude, generalmente, a los físicos, a quienes atribuye una mayor preocupación por las cuestiones sociales y un mayor optimismo social que el que muestran los intelectuales literarios. Él mismo dice estar disconforme con la vaguedad de la

expresión “dos culturas”, pero sostiene que con ella no intentaba trazar algo tan preciso como un mapa cultural sino más bien ofrecer una suerte de metáfora y señala, además, la incompreensión mutua como la modalidad dominante en la relación entre estas *dos culturas*:

[...] Es evidente que entre ambos [polos], cuando uno atraviesa la sociedad intelectual desde el campo de los físicos hasta el de los intelectuales literarios, hay en el camino toda clase de tonalidades de sentimiento. Pero creo que el polo de total incompreensión de la ciencia irradia su influencia hacia todo el resto. Esa incompreensión total da, de manera mucho más penetrante de lo que nos damos cuenta –puesto que vivimos en ella–, un sabor no científico a toda la cultura *tradicional*, sabor que a menudo, mucho más de lo que admitimos, está a punto de convertirse en anticientífico. Los sentimientos de un polo se transforman en los antisentimientos del otro. [...] (pp. 10-11).

Esta escisión en el seno de la cultura moderna impacta negativamente en el campo intelectual y encuentra su razón de ser en la historia de un sistema educativo que desintegró la armonía de los saberes tal como estaba constituida desde el

\* Agradezco a la licenciada Mónica Scarano y al doctor Alberto de la Torre sus sugerencias para la elaboración de este trabajo.

<sup>1</sup> El libro editado por Nueva Visión es la versión en español de C. P. Snow, *The Two Cultures*, Introduction by Stefan Collini, Cambridge, Cambridge U.P., 1998. Hay una traducción anterior al español: *Las dos culturas y la revolución científica*, traducción de María Raquel Bengolea, Buenos Aires, Sur, 1963.

Renacimiento, separando –hasta el punto de oponerlas– las ciencias de la naturaleza y las humanidades. Cabe acotar que cuando Snow habla de “humanidades”, coloca el eje en la literatura, específicamente en las letras clásicas. Como el desconocimiento de una cultura respecto de la otra supone un empobrecimiento intelectual, Snow propone como remedio la reestructuración de la educación. Y su propuesta no va desencaminada, ya que, en gran medida, el creciente abismo que separó las dos culturas fue generado por la clase de educación exigida por la revolución industrial, con el incremento de la *especialización* y la subsiguiente ampliación de la escolaridad, que involucró un proceso de diversificación.

En la segunda conferencia, “Los intelectuales como *ludditas naturales*”, Snow afirma que, descontando a los científicos, el resto de los intelectuales –especialmente los literarios, a los que califica de *ludditas naturales*– no se ha preocupado por entender ni aceptar la revolución industrial. El tema se completa en la tercera conferencia, “La revolución científica”, que está dedicada a distinguir la revolución industrial, iniciada a mediados del siglo XVIII, de la revolución científica, entendida como la aplicación de la ciencia a la industria y localizada a principios del siglo XX. En este punto, Snow debe confesar que los científicos *puros* tampoco se preocupan mucho por las cuestiones sociales, actitud que comparten con los intelectuales literarios. En “Los ricos y los pobres”, la última conferencia del ciclo, trata de demostrar que la división entre países industrializados y países no industrializados coincide exactamente con la división entre países ricos y pobres. Y como, por otra parte, la cultura científica es democrática en sí misma –a diferencia de las humanidades, la conservadora *traditional culture*–, acercar las dos culturas es para él una necesidad tanto intelectual como de orden práctico y político.

Finalmente, en la segunda sección, “Las dos culturas II. Una segunda mirada”, ajusta sus conceptos para decir que ni el sistema de educación basado en las ciencias ni el tradicional o *humanístico*, tomados aisladamente, resultan adecuados para estar a la altura de las potencialidades de la época y reitera su propuesta de una reforma educacional que los integre. Por otra parte, se muestra un tanto arrepentido de haber hablado de “dos” culturas,

ya que eso no da cuenta de las divisiones internas –como ciencia teórica *versus* tecnología– ni del lugar y el rol de las ciencias sociales.

Quizás resulte de utilidad, para entender mejor el texto de Snow, recordar someramente las condiciones de su enunciación.<sup>2</sup> Charles Percy Snow era un científico que se dedicaba con éxito a la literatura, como escritor de novelas. Había ocupado cargos públicos en el gobierno inglés y, como científico, su formación y desempeño académico habían tenido lugar en la Universidad de Cambridge. Para 1959, el año de sus famosas conferencias, el sistema universitario inglés estaba marcado, a pesar de los logros alcanzados por algunos científicos de esa nacionalidad, por una preeminencia indiscutida de las humanidades, vinculadas a la tradición clásica. Esa preferencia se debía, en gran medida, a cuestiones de clase: para los *gentlemen* ingleses, los estudios humanísticos otorgaban mayor prestigio social que el trabajo en un laboratorio científico. Por esta razón, la propuesta de Snow apuntaba a un cambio importante en el sistema educativo inglés: señalar las complejas relaciones entre estas *dos culturas* para luego ponerlas en un pie de igualdad y, en la medida de lo posible, lograr un mayor financiamiento educativo y un aumento de la matrícula en las carreras científicas. Esto requería llevar hacia la ciencia algo del prestigio que invertía por entonces a las humanidades.

En opinión de Snow, podemos hablar de “dos culturas” no sólo en un sentido intelectual sino también antropológico, ya que los miembros de cada uno de esos grupos comparten actitudes y normas de acción, así como enfoques y creencias comunes. Si bien suele ocurrir, por ejemplo, que los biólogos no conozcan a fondo la física contemporánea o que los ingenieros y los científicos *puros* a menudo no se entiendan entre sí, es un hecho que hay similitudes de conducta y pensamiento que atraviesan y hasta dominan otras conformaciones mentales, como las de la religión, la política o la clase social. Aunque Snow presenta su imagen de las dos culturas como una suerte de mapa de la intelectualidad occidental, reiteramos lo dicho arriba acerca del peso que ejerció el contexto británico en su reflexión, del cual toma, por otro lado, la

<sup>2</sup> Para esta contextualización, seguimos la introducción de Stefan Collini.

mayoría de sus ejemplos. Por ello se ha dicho que tanto la famosa conferencia de Snow como las respuestas que provocó están más relacionadas con cuestiones concernientes al capital simbólico y cultural del sistema de clases sociales británico que con una mirada epistemológica sobre las distintas disciplinas.<sup>3</sup>

Ineludible para entender la polémica de *las dos culturas* en que se vio involucrado Snow resulta el libro del historiador alemán Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, de 1985. A una distancia de más de un cuarto de siglo de las conferencias de Snow, el de Lepenies no es un texto polémico ni se inserta en el mismo debate –al menos, no lo hace directamente–. Se trata de un sumamente erudito trabajo de investigación, de lectura apasionante, que se propone demostrar que el conflicto entre las dos culturas le debe mucho a la aparición de una tercera cultura: la sociología, no siempre visible pero constantemente presente en la redefinición de los campos del saber y de las disciplinas instituidas desde el siglo XIX. La brevísima “Advertencia preliminar” enuncia sin rodeos la tesis del libro: las ciencias sociales son una tercera cultura en la cual se oponen, desde su nacimiento, orientaciones científicas y literarias y, como consecuencia de ello, desde la primera mitad del siglo XIX, se desarrolló una competencia entre una intelectualidad literaria y otra intelectualidad, la de las ciencias sociales, que rivalizaban en interpretar adecuadamente la sociedad industrial y ofrecerle una *doctrina de la vida* al hombre moderno. A continuación, pasa a analizar las relaciones entre sociología, ciencias naturales y literatura en Francia, Inglaterra y Alemania. Los nombres de estos países dan título a las tres partes en que está dividido el libro. Esta partición permite tanto una lectura unificada del volumen como un abordaje de cada una por separado, pues están escritas con suficiente independencia como para posibilitarlo. Por ejemplo, cada parte trae al final sus referencias bibliográficas propias y no hay ninguna conclusión o epílogo que unifique las tres secciones. Podríamos decir, entonces, que se trata de un libro *modular*, cuyos cuerpos pueden conjugarse o separarse, de acuerdo con los intereses del lector.

En la primera sección de este estudio, “Francia”, Lepenies toma como objeto de su análisis la institucionalización de la sociología en

La Sorbona y rastrea sus antecedentes hasta que se cierra la primera etapa del positivismo comteano en 1845. Apoyado en textos de Comte, en su correspondencia con John Stuart Mill, Clotilde de Vaux y otros personajes, Lepenies reconstruye este momento crucial del pensamiento científicista. Comienza por señalar que la relación de Comte con la actividad científica francesa era la de un intruso, aunque legitimado por el hecho de que su doctrina era atractiva para muchos científicos. Considera que la obra de este pensador es, en gran medida, el resultado de la imposibilidad de haber hecho una carrera “normal”, por lo cual se había adjudicado una “misión” que terminó alcanzando ribetes cuasirreligiosos.

Antes de 1845, Comte juzgaba que las cuestiones de estilo eran secundarias para las ciencias y tomaba como modelo retórico de su propia producción a los naturalistas, lamentando que el lenguaje familiar, no técnico, le impidiese la formulación de una filosofía y una política positivas. Veía la literatura y las artes –música, pintura– como simples distracciones, que propiciaban estados de ánimo favorables a la producción intelectual, pero sin valor cognitivo en sí mismas. Enemigo de los poetas-filósofos al estilo alemán, era también acérrimo opositor a la liberación femenina y a las *littératrices* o mujeres de letras. De acuerdo con la interpretación de Lepenies, la separación de su esposa llevó a Comte a una crisis que hizo eclosión en 1845 y que fue una divisoria de aguas en la historia del positivismo. Efectivamente, esta crisis, a la que se agregó su platónica relación con la escritora de novelas Clotilde de Vaux, impulsaría a Comte a un regreso al catolicismo y a rehabilitar el sentimiento, con lo que le restituyó el valor antes negado tanto a la mujer como a la literatura. Idea/sentimiento/acción son los tres grandes núcleos en la nueva versión del positivismo, enunciada en el *Système de politique positive, ou traité de sociologie, instituant la religion de l'humanité* (1851), que llevaría a positivistas “científicos” como Émile Littré a distanciarse del círculo de Comte. Cuestiones

<sup>3</sup> Cf. Anthony Purdy, “Introduction: on Science and Social Discourse”, en Donald Bruce y Anthony Purdy (eds.), *Literature and Science*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, 1994, p. 14.

estéticas y, más particularmente, literarias, influyeron en esta alteración del positivismo, lo que prueba en gran medida el hecho de que, de los ciento cincuenta tomos de la *Bibliothèque positiviste au dix-neuvième siècle*, una lista de libros recomendados que Comte elaboró a pedido de Jacquemin, un obrero lector, treinta pertenecen a las *belles lettres*. Ahora que el objetivo del positivismo era “una santa armonía entre la vida privada y la pública”, eso implicaba otra actitud ante el problema femenino y la vinculación de intereses estéticos y científicos. Para el segundo Comte, la filosofía tenía la misión de ordenar la vida humana, pero la poesía debía embellecerla y ennoblecerla mediante la idealización del sentimiento. A estas dos prácticas debía sumarse la política, para coordinar los actos públicos y privados bajo un régimen moral. El ideal poético cumpliría, en esta nueva organización, un rol intermedio entre la idea filosófica y la acción política. La misión del sumo sacerdote de la humanidad que Comte soñaba era la de unificar la razón sistemática con el entusiasmo poético, la simpatía femenina y la energía proletaria, y culminaba asignando un nuevo valor a la *utopía*, entendida como actitud y como género discursivo.

Lepenies estudia la institucionalización de la sociología en Francia en torno de la figura de Émile Durkheim, quien se vinculó al Comte primitivo, al científico. En efecto, cuando se fundó la Société Française de Sociologie en 1872, se tomó como modelos a Darwin, Wundt y Spencer, a quien se veía como un Comte fiel a sus inicios. El segundo Comte, mientras tanto, había hallado adeptos en una agrupación política que hacia el fin de siglo luchó contra la sociología de Durkheim y su influencia en la Nueva Sorbona: el Instituto de l’Action Française, fundado en 1905 por Henri Vaugois y Charles Maurras. Siempre según Lepenies, este Instituto buscaba propagar lo que reprimían las universidades de la Tercera República, como el catolicismo y la política positiva de Comte. La derecha francesa en general tomó como guía al Comte tardío, católico y literario, y la Action Française en particular, al ver en la obra de Comte una protesta contra la revolución y sus consecuencias, lo convirtió en la antítesis de esos literatos que querían una política de principios basada en el *Contrato social*, por oposición a una política de la experiencia o positiva. Charles Maurras, Barrès, Dimier, Lasserre y Charles

Péguy eran personajes con muchas diferencias entre sí, pero a quienes unía su filiación comteana contra la sociología de la Nueva Sorbona y contra Durkheim. Estaban convencidos de que la sociología de Comte era útil a los intereses nacionales y, en palabras de Lepenies, “Al vivir en una época en que su ideología política, por fuerza o de grado, los hacía volverse sociólogos, esos literatos dirigieron todo su afecto a Comte, el sociólogo que voluntariamente se había vuelto poeta” (p. 38).

Mientras que la literatura y las ciencias naturales tenían un lugar firme y central en la Universidad, fue recién durante la Tercera República Francesa, la época del affaire Dreyfus, que la sociología fue aceptada en la Nueva Sorbona, tras las transformaciones efectuadas por los republicanos. El anticlericalismo republicano llevó a que la religión fuera reemplazada por la ciencia, y la metafísica, por una doctrina de lo moral. Por eso, los adversarios de la República se confundieron en gran medida con los adversarios de la sociología. Cómo se mezclaron posturas políticas nacionalistas con la conformación de esta nueva disciplina, es algo que Lepenies pone en evidencia a partir del análisis de un caso periodístico: en 1910, en la *Opinion*, apareció una serie de panfletos firmados por un tal Agathon, dirigidos contra la sociología y la Nueva Sorbona. El hecho de que las ciencias naturales hubiesen adquirido el rango de una disciplina formativa, sumado a la democratización de la Universidad y de la sociedad, fue juzgado como un ataque a la cultura clásica de Francia por los adversarios de la República, en general, y por este tal Agathon, en particular. Por otro lado, la expansión del método de las ciencias naturales a otras áreas del conocimiento así como el espacio concedido en los planes de estudio a cuestiones metodológicas era considerado como una mala práctica importada de Alemania. La sociología de Durkheim, al distinguir entre “elegancia” y “precisión” y privilegiar esta última, iba en contra de la tradición francesa que Agathon decía defender cuando reivindicaba los derechos del arte de escribir y la cultura general contra la especialización. El mapa se aclara cuando se prueba que Agathon era, en realidad, un dúo: Alfred de Tarde –hijo de Gabriel Tarde, un sociólogo de filiación más “literaria” que había luchado contra Durkheim por la hegemonía en la sociología francesa– y Henri Massis.

Otro caso en el que se detiene Lepenies, para mostrar la intervención del nacionalismo en cuestiones disciplinarias y epistemológicas, fue el de Louis Dimier, primer director del Instituto de l'Action Française, quien dio unas conferencias sobre Buffon en 1918. Dimier valoraba en este último su visión de una naturaleza engendrada por la divinidad y que debía ser admirada por el espíritu y, como consideraba a la ciencia autoritaria y aristocrática por esencia, veía en la democratización una amenaza a la ciencia nacional. Ahora bien, esa democratización propugnada por los republicanos y sus reformas educativas iba de la mano con la oficialización de la sociología en los planes de estudio universitarios. Desde las letras, por otro lado, el escritor Charles Péguy también combatía la sociología negándole su pretensión de convertirse en una ciencia moral y, como contrapartida, defendía la autonomía metodológica de la historia y las humanidades. Péguy era de los que opinaban que la sociología había fracasado en analizar la sociedad del presente y se lamentaba porque los sociólogos “arrojaron por la borda el bagaje de una formación literaria”, sin haber podido alcanzar “la exactitud de las ciencias naturales” (p. 63). Al igual que otros anti-sociólogos, elogiaba a Bergson, quien no casualmente había trabajado con Gabriel Tarde y estaba en el Collège de France. Los miembros de l'Action Française encontraban en la exactitud científica una muestra del estilo alemán que se oponía al humanismo francés –y aquí cabe tener en cuenta que Durkheim había estudiado en Berlín y Leipzig y que la guerra franco-prusiana de 1870 todavía dejaba sentir sus heridas–. Más tarde, el affaire Dreyfus iba a redistribuir el mapa, porque muchos seguidores de Durkheim y anti-sociólogos, especialmente los socialistas y no católicos, se encontraron del mismo lado, frente a una derecha católica que nunca fue un bloque sin fisuras ni atacó de lleno a toda la sociología, sino a la línea de Durkheim, al entender que sólo era legítima una sociología al estilo de Comte.

En síntesis, lo que el estudio de Lepenies nos hace notar sobre la institucionalización de la sociología en Francia es tanto la soterrada disputa –a veces no tanto, como en el caso de los panfletos de Agathon– entre la derecha y la izquierda francesa en torno a disciplinas y metodologías universitarias como la percepción de estos temas en el marco de la Francia

posterior a 1870 y su cambiante relación con Alemania, patria de la sociología, que había dejado de ser la meca de los jóvenes universitarios para convertirse en el enemigo nacional. En segundo plano, estaban la cultura humanística, amenazada por el auge de la sociología, y las ciencias naturales, debilitadas por la crisis del positivismo y, dada la tradición francesa que las emparentaba con las letras, replegadas junto con ellas ante el avance de la sociología.

En la segunda parte del libro, el estudio dedicado a Inglaterra, Lepenies pasa revista a la situación engendrada por el enfrentamiento entre románticos y utilitaristas, el surgimiento y la institucionalización de los estudios sociológicos en la época de Beatrice Webb y finalmente coloca en su contexto, básicamente educativo, las polémicas Arnold/Huxley y Snow/Leavis.

El conflicto entre la concepción romántica del arte y la utilitarista, propio del siglo XIX, enfrentaba actitudes o temperamentos científicos y poéticos: el representante de los primeros era Bentham, quien se preguntaba fundamentalmente por la *verdad* de las cosas; el de los segundos, Coleridge, a quien no le preocupaba lo verdadero sino el *sentido* de los acontecimientos. Sobre ambos escribió John Stuart Mill, a partir de cuya *Autobiografía* Lepenies reconstruye el conflicto. Conviene recordar que James Mill, el padre de J. S. Mill, había sido discípulo de Jeremy Bentham, el fundador del utilitarismo, una doctrina que dejaba muy poco lugar al arte y la literatura entre las formas del saber, debido a su supuesta *inutilidad*. El método utilitarista de educación fue empleado en la crianza de John Stuart Mill, quien en 1826 padeció, quizás como resultado del rigor intelectual al que fue sometido y en forma semejante al proceso seguido por Comte, una crisis personal que, aunada a su relación sentimental con Harriet Taylor, lo llevó a valorar la poesía y la cultura del sentimiento, esa “culture of the feelings” cantada en la poesía de Wordsworth. Eso motivó –siempre en opinión de Lepenies– su acercamiento a la literatura alemana a través de los *intuitionists* seguidores de Coleridge, poeta que ya había revalorizado la imaginación como centro de la poesía, tomando a Goethe como modelo para los poetas ingleses. El hecho de que, para Wordsworth, la poesía fuera una descripción precisa de experiencias personales era algo que conectaba el utilitarismo de John

Stuart Mill con la perspectiva de los poetas y acercaba el quehacer poético a la ciencia. A la habitual diferenciación poesía/prosa, opuso la de poesía/ciencia o conocimiento de los hechos. La poesía no era para Wordsworth una simple diversión sino una búsqueda de la verdad general, una *ciencia de los sentimientos*. Esto justificaba la poesía a los ojos de J. S. Mill al otorgarle cierta *utilidad*; así oponía la poesía –profunda, fruto de la meditación– a la novela –superficial y, como toda forma narrativa, perteneciente a una fase anterior de desarrollo del hombre–. En realidad, como sostiene Lepenies, no había una gran contradicción entre el utilitarismo de J. S. Mill y su “calculada cultura del sentimiento”.

Al decir de Lepenies, la *Autobiografía* de J. S. Mill encuentra su continuación en *My Apprenticeship* (1926) de Beatrice Webb, un libro que se volvió un clásico de la literatura inglesa, escrito por una socióloga y socialista que había llegado a la investigación social a partir de su actividad filantrópica. Heredera, en algunos aspectos, del utilitarismo, Beatrice no repudiaba de plano toda la literatura: admiraba a Balzac, cuya *Comédie humaine* era una suerte de continuación de la *Historia natural* de Bufón, a Flaubert, quien amaba los hechos por sí mismos, y a Zola, defensor del método experimental. Tanto ella como su esposo pretendían que la investigación social fuese una ciencia natural descriptiva. Bajo el influjo de Charles Darwin, T. H. Huxley y los “sociólogos” del siglo XIX, privilegiaron los hechos por sobre las teorías. Y como consideraban que el quehacer científico era un proceso intelectual y moral, se fueron desplazando hacia el reformismo científico y político, al punto de adherir al comunismo. Mediante una sagaz lectura de los escritos de B. Webb, Lepenies demuestra cómo el trabajo social práctico respondía en ella a anhelos emotivos, inclinaciones filantrópicas e intereses científicos, exhibiendo, a partir de este caso, la clase de necesidades que la naciente sociología lograba satisfacer a expensas de las ciencias naturales y de la literatura. Por otro lado, Lepenies también tiene en cuenta las cuestiones políticas e institucionales a la hora de reconstruir este proceso y exhibe los conflictos internos de la Sociedad Fabiana, que integraban los Webb y en la cual se enfrentaron a Wells, quien valoraba ante todo su propia formación como naturalista –T. H. Huxley había sido su

maestro de zoología–, algo que los Webb veían como una amenaza al rol de la sociología. Así, tras su separación de la Sociedad Fabiana, Wells fue uno de los fundadores de la Sociological Society (1903), institución que usó, paradójicamente, para contener el avance de la sociología. Wells consideraba que la aplicación del método científico y de ciertos análisis, propios de la física y la química, ya era dudosa en la biología y no era pertinente en la sociología. En su opinión, la sociología debía conjugar objetividad y subjetividad, belleza y verdad, lo cual la acercaba a la literatura y la alejaba del cientificismo metodológico de los Webb. Eso implicaba la búsqueda de formas de expresión literarias que pudieran servir a los fines sociológicos, como la historiografía narrativa, al estilo de Buckle, Gibbon o Carlyle, y la utopía.

Para concluir con esta sección, Lepenies repasa otro capítulo de la historia de las tres culturas en Inglaterra, que tuvo lugar en el último tercio del siglo XIX, cuando Mathew Arnold y Thomas Henry Huxley polemizaron sobre las dos culturas. Arnold, nacido en 1822, era poeta, crítico, pedagogo, inspector escolar y fue profesor de arte poética en Oxford. Consideraba que la poesía se acercaba a la ciencia porque exigía mayor intelectualidad que otras artes, y como le preocupaba más la ética que la estética, veía la crítica literaria como una doctrina global de la vida, algo así como una religión. En 1868, Arnold escribió un informe sobre la educación en el continente para la Schools Inquiry Commission, en el que recomendó no descuidar el estudio de la literatura ante el creciente peso de las ciencias naturales. En 1882 dictó su conferencia “Literature and Science” en Cambridge, que repitió una treintena de veces en los Estados Unidos un año después. Esta conferencia fue rebatida en 1880 por T. H. Huxley en su “Science and Culture”, una charla en el Science College de Birmingham. Huxley era un científico y un político de la ciencia que le asignaba valor formativo al saber naturalista, al que veía como una ampliación de ese *common sense* tan valorado por los ingleses. Lepenies destaca que, a diferencia de Huxley, el concepto de literatura de Arnold superaba el de las *belles lettres*. Este último consideraba que la crítica literaria y el estudio de las lenguas muertas eran una ciencia, en el sentido del término alemán

*Wissenschaft*, más amplio que la voz inglesa *science*, entendida como el estudio exclusivo de las ciencias naturales, que era la definición a la que adhería Huxley. Dicho de otro modo: Arnold ampliaba tanto el concepto de ciencia como el de literatura, en tanto que Huxley no despreciaba la literatura, pero dudaba de que los escritos clásicos pudieran ofrecer una *doctrina de la vida* y defendía el estudio de la literatura nacional inglesa. Si se repara en el hecho de que el estudio de las lenguas clásicas no estaba muy asociado, en la universidad inglesa, con la literatura, sino sobre todo con la gramática y la filología, se aclara un poco el mapa del debate: Huxley quería promover a la vez las ciencias naturales y las lenguas modernas a expensas de las lenguas muertas –especialmente el griego– y fomentaba la sociología, la disciplina que *verdaderamente* competía con la crítica literaria al estilo de Arnold, que en definitiva no era sino una sociología oculta que pretendía ofrecer una doctrina de la vida al hombre moderno. Esto se relaciona estrechamente con el surgimiento de los *English Studies*, un área que tuvo un rol importante tanto en la formación de adultos como de las mujeres, quienes, durante mucho tiempo, sólo pudieron estudiar historia e idiomas en la universidad. Mientras que en Oxford los estudios de literatura e idiomas estaban interconectados, en Cambridge estaba vigente el programa de estudios “Life, Literature and Thought”, más cercano al modelo de Arnold. Un heredero de este último modelo educativo fue el crítico literario F. R. Leavis, el antagonista de Snow, quien en 1956 publicó en la revista semanal *New Statesman*, fundada por Sydney y Beatrice Webb, el artículo “The Two Cultures” que amplió tres años después, en su ya reseñada conferencia en Cambridge. En 1962, Leavis le contestó, en una conferencia pronunciada en Richmond, afirmando que la literatura ayudaba a entender la civilización y la revolución industriales. Sin embargo, Snow sostenía que la ignorancia científica de los intelectuales literarios les impedía comprender tanto la revolución industrial como la sociedad del presente, dos objetos cuya interpretación venía reclamando como propia la sociología, por otro lado. Por su parte, Lepenies pone en evidencia cuánto había de conflicto local en este debate: el viejo Cambridge estaba representado por la postura de Snow, mientras que el nuevo cerraba filas en

torno de Leavis, quien acusaba a las ciencias naturales de *inmoralidad*, leía la literatura como una antropología ejemplar y concebía la crítica literaria como una disciplina normativa, que inculcaba reglas morales y valores.

Como tercero invisible en este debate sobre las dos culturas estaba la sociología, que se institucionalizó muy lentamente en las universidades inglesas –primero en la Universidad de Londres y, en la década de los '60, en Cambridge–. A juicio de Lepenies, los literatos y los sociólogos ingleses, a diferencia de los franceses, no se disputaban posiciones académicas y, además, provenían del mismo ambiente y contaban con una formación similar. De modo que si las ciencias naturales aparecen tan visibles en el debate en terreno inglés, es porque en Inglaterra el culto a la ciencia y a los científicos era más visible que en otros países. En consecuencia, frente a la sociología que avanzaba y el peso que tenían las ciencias naturales en el país de Darwin y de Bentham, la literatura y la crítica literaria tuvieron que justificar su existencia como actividades de las que dependía la dignidad humana: de ahí el pensamiento sociológico que en forma más o menos velada recorre la crítica literaria inglesa del período y de ahí también la reacción de Arnold o de Leavis contra Huxley o Snow, respectivamente.

La tercera sección del libro de Lepenies, “Alemania”, ocupa casi la mitad del volumen. En ella, se rastrean los orígenes de la institucionalización de la sociología en Alemania, con particular atención concedida al peso que ejerció la tradición ilustrada, la influencia del Círculo de Stefan George y el contexto histórico-social en torno de la Primera Guerra Mundial. En primer lugar, hay que considerar que la filosofía del idealismo alemán y la literatura del clasicismo de Weimar habían legitimado el retiro a la esfera privada. En la reacción contra la Ilustración, particularmente intensa en Alemania, fue central la función de la poesía, a la que se asignaba una connotación antisocial. El siglo XIX alemán comenzó su crítica a la ciencia acusándola de haberse distanciado de la *vida*, palabra que implicaba un cuestionamiento directo al racionalismo, ese complejo de ideas que había sido nuclear en la Ilustración y a cuyas fatídicas consecuencias algunos atribuían los eventos de 1789 en Francia. Después de la Primera Guerra Mundial,

la crítica a la ciencia se intensificaría, pero Lepenies aclara que:

La crítica científica, que alcanza la cúspide en Alemania después de la Primera Guerra Mundial, sólo es crítica a las ciencias naturales en casos excepcionales. Por lo general, los críticos no se habían ocupado en absoluto de esas ciencias, aduciendo que carecían de competencia para juzgar los méritos de un Virchow, Planck o Helmholtz. La crítica científica, en su mayor parte, era asunto de especialistas en ciencias filosóficas y sociales así como de miembros de las *belles lettres*, e iba enderezada menos contra los procedimientos o los resultados de las ciencias naturales que contra las tendencias a traspasarlos a otras disciplinas e imponer el carácter de ciencia a un número cada vez mayor de campos del conocimiento (p. 224).

En este punto, Lepenies recuerda que la literatura, más que la filosofía, era la doctrina de la vida de los alemanes. En efecto, en el período 1770-1800, se había engendrado una concepción del mundo modelada por los poetas, que había derivado en el desarrollo de una nueva filosofía, ejemplarmente representada por Schelling, Hegel y Schleiermacher. Como una peculiaridad de la cultura alemana se presenta el doble enfrentamiento de la poesía: por un lado, con la ciencia, y por otro, con la literatura. Esta última oposición era programática en el Círculo de George: si la poesía pertenecía a la naturaleza, la literatura era producto de la sociedad. Por esta razón, un “poeta antiliterario” como George no se ganaba la vida escribiendo, ya que el poeta era un ser natural que se distinguía por su mera existencia, no por su quehacer. Esto traía aparejada, obviamente, una crítica a la profesionalización del escritor. También era visible aquí la herencia de Herder y su concepción de la poesía como la lengua original del género humano, que llevarían al conflicto entre el poeta y el erudito: mientras el primero podía planificar su vida sobre la base de su aislamiento de la sociedad, el segundo necesitaba de las estructuras sociales, esas mismas estructuras sociales a cuya representación superficial quedaba limitada la literatura, tanto la realista como la naturalista, debiendo ceder a la poesía la representación de la *verdadera naturaleza humana*.

Más tarde, un miembro de ese mismo Círculo, Hofmannsthal, pretendería distanciarse

de lo social sin por eso convertirse en un extraño al idioma y a la literatura nacionales, en una actitud semejante a la que adoptaría Thomas Mann, que Lepenies explica atribuyéndola a su orientación más europeo-intelectual que alemano-poética. Para Mann, era el escritor, y no el poeta, el crítico social y moralista, como lo ejemplificaba el caso de Nietzsche. En ese sentido, el literato era el sucesor del *philosophe* del siglo XVIII, aunque esta concepción, tributaria de la Ilustración francesa, sería cuestionada en época de guerra, cuando para todo alemán que se preciara de ser patriota, escribir sería sinónimo de componer poemas.

Es en este contexto que emerge la sociología que, a pesar de sus precursores alemanes, entre los cuales cabe contar a algunos folkloristas,

era tenida más bien por disciplina galo-anglosajona, marcada por la altanería del poder saber y del querer hacer, carga hereditaria de la Ilustración. Ajena a lo alemán ya por ese motivo, la sociología era además una amenaza, porque tomaba la sociedad burguesa como algo natural para norma de sus análisis, y por ello no podía hacer justicia a la peculiaridad de Alemania ni al desarrollo alemán (p. 250).

Es por ello que Dilthey había buscado un punto de equilibrio entre la ciencia y la intuición, procurando evitar los extravíos de la sociología científica al estilo del occidente europeo, sin caer en el peligro tan alemán de la evasión a la intimidad o el irracionalismo. La traducción de todo esto en términos metodológicos consistía en el peso que le asignaba a los *hechos comprobables de la conciencia*, algo menos subjetivo que los estados de ánimo o los sentimientos, pero lo suficientemente objetivo como para hacer de las ciencias filosóficas un sistema con un objeto de estudio y un método autónomos.

Respecto de la ya mencionada crítica a la burguesía y a las disciplinas o prácticas que dialogaban con ella, como la sociología o ciertas tendencias literarias, Lepenies hace hincapié en el peso de las ideas irradiadas desde el Círculo de George. Los georgianos, dignos discípulos de Mallarmé, rechazaban todo arte comprometido socialmente, en especial el naturalismo, a autores como Zola, Ibsen o Dostoyevski y géneros como la narración, el drama social y la novela, que eran mal vistos por ser “interpretaciones burguesas de los procesos de la vida”. Su deseo



apuntaba a alcanzar la impopularidad haciéndose incomprensibles para las multitudes y rechazando todo lo que estaba de moda y lo moderno en general. Estaban hastiados del progreso, confesaban no querer más triunfos de la tecnología sobre la naturaleza sino de la naturaleza humana sobre la tecnología y criticaban la civilización tecnológico-científica porque para ellos encarnaba la amenaza de la pérdida del alma y la *americanización*. Stefan George sostenía que los misterios de la antigüedad eran la esencia de un saber superior y oponía la aristocracia del sabedor solitario a la colectividad de científicos, consideraba una atrofia intelectual y moral el dedicarse a la ciencia y a la academia y no a la poesía y sostenía que el objetivo de la educación era formar “el hombre poéticamente excitable”. Sus discípulos atacaban la sociología porque marcaba una diferencia de principio entre el pensamiento histórico y el naturalista y la acusaban de poder subsumirse en la psicología, ya que su asunto era el individuo. Sin embargo, cabe señalar que la rechazaron como disciplina pero se beneficiaron del trabajo de sociólogos aislados. A esta postura se enfrentó Georg Simmel, para quien toda obra de arte era un trozo de sociología y filosofía, de modo que el punto de vista estético podía ser provechoso en el análisis de los fenómenos sociológicos. Sin pertenecer al Círculo de George, Simmel describía su propia obra como versión filosófico-sociológica de la poesía de Stefan George, creía que el arte era un rodeo productivo hacia la cognición y buscaba elaborar una estética sociológica, algo que, en definitiva, lo alejaba tanto de George como de Durkheim.

En el proceso estudiado por Lepenies, otra figura clave es Max Weber, para quien la ciencia era un producto de la cultura, no algo dado por naturaleza. Distinguía entre la estructura del conocimiento y la de su representación –su forma “artística”– e intentó convertir su rigor teórico-cognoscitivo en la base de trabajo de la sociología, absteniéndose de pronunciarse en cuestiones de valores. Esto lo alejó de posturas como la de Spengler en *La decadencia de Occidente*, libro conocido por su actitud anticientífica: Spengler partía del presupuesto de que manejar la historia en forma científica, es decir, naturalista, era una contradicción, porque la naturaleza se podía analizar pero la historia no, pues era más invención poética que *ciencia*. Cuando se hacían esta clase de distinciones, se

enrolaban, del lado de la *ciencia*, las ciencias naturales, la sociología, la psicología, la investigación histórica racionalista, Ibsen, otros escritores marcados por la razón y todo lo relacionado con la *erudición*, mientras que del lado de la poesía sólo quedaban los poetas al estilo de Goethe. Weber puso en duda las construcciones spenglerianas de la historia y simultáneamente admitió ser poeta. Al considerar que la Historia abarcaba la vida entera, se colocaba al borde de ese irracionalismo que el análisis histórico debía incluir y justificaba que el historiador usase la intuición –controlada– como medio legítimo de cognición científica. En 1917, Weber disertó en Munich sobre “La ciencia como profesión”, exponiendo su concepción de una ciencia exenta de valores. Esta postura era contradictoria a los ojos de los georgianos, porque justamente ellos valoraban como algo positivo la proyección autobiográfica y, en consecuencia, axiológica, en la obra de Weber. Tras reprochar a la sociología académica el haberse perdido en sistematizaciones, Weber proponía convertirla de nuevo en una ciencia existencial. Y para Lepenies, este debate se vio potenciado por la planificación educativa de la república de Weimar, ya que la sociología ganó importancia gracias a la política de cultura interna del secretario de Estado y ministro Carl Heinrich Becker. Influida por Weber, Becker había buscado un nuevo comienzo cultural después de la primera guerra, asignando a las universidades la tarea de despertar el raciocinio sintético de los estudiantes mediante materias interdisciplinarias, como la sociología, que exigía abarcar varias especialidades al mismo tiempo. Becker consideraba que el afán de síntesis provisto por la sociología implicaba una crítica al pensamiento positivista y a la especialización, sin caer en la cuenta de que la sociología estaba emparentada, desde sus orígenes, con el utilitarismo y el positivismo. Es así que, aunque parezca contradictorio, la lucha por la institucionalización de la sociología era la lucha por un nuevo concepto antipositivista de la ciencia.

Finalmente, entre 1929 y 1932 se produjo un debate entre Ernst Robert Curtius y Karl Mannheim sobre la legitimidad de la sociología. Éste fue, según Lepenies, el punto máximo de la contienda entre los intelectuales literarios –como los llamaría Snow– y los sociólogos en

Alemania. Curtius se oponía a que se introdujera la sociología en las escuelas y las universidades de la República de Weimar, como esa especie de doctrina moral que había promovido Durkheim en la anticlerical Tercera República francesa. Consideraba que la sociología de Mannheim invadía el terreno de la filosofía, al entrometerse en cuestiones axiológicas, por ejemplo. Por el contrario, Mannheim veía en la sociología un saber orientador y en este sentido, concluye Lepenies, su verdadero antagonista era George, para quien la sociología jamás podría brindar una *doctrina de la vida*. En esta discusión, Curtius proponía que la sociología fuera un curso de estudios para posgraduados, pues la orientación general de la vida sólo la podía dar la filosofía.

Como ya mencionamos, el libro de Lepenies –cuya reseña hemos limitado a puntos esenciales, porque es de una erudición abrumadora– no participó de la misma polémica que el de Snow, o no lo hizo *directamente*. Con ello quisimos señalar que *Las dos culturas* de Snow fue un texto generado en medio de un debate nutrido por una constelación particular de saberes y políticas educativas y culturales en el medio anglosajón, mientras que *Las tres culturas* de Lepenies se presenta como un trabajo que toma la formación/disociación de las distintas áreas disciplinarias como su objeto de estudio, sin ningún afán polemizador. Sin embargo, de algún modo logra terciar en la discusión –como se puede apreciar desde su mismo título, una reformulación del nombre dado a la famosa conferencia de Snow– mediante la estrategia de ocupar la brecha abierta entre “las dos culturas”, al historizar el surgimiento de las ciencias sociales, nexos y frontera entre las ciencias naturales y las humanidades–. En consecuencia, podría decirse que Lepenies le da voz a esa “tercera cultura” que a simple vista parece excluida del debate anglosajón.

Al concluir con la lectura de los libros de Snow y Lepenies, la sensación imperante es la de haberse asomado a los albores de un conflicto que todavía es constitutivo de la tradición intelectual occidental. Y los latinoamericanos en particular no podemos menos que añorar la existencia de algún estudio similar para esta región del mundo, ya que, a pesar de lo sumamente esclarecedores que resultan ambos textos –sobre todo el análisis histórico de Lepenies–, huelga decir que se restringen al mundo europeo. La pregunta por el modo en que

refractan estas cuestiones en el campo cultural latinoamericano, en consecuencia, se torna altamente interesante. Por otra parte, no podemos olvidar el peso de las condiciones laborales y de producción económica, en la Europa del siglo XIX, en la génesis de este debate: apurando un poco la frase, podríamos decir que el enfrentamiento ciencia/humanidades –como bien lo señala una de las conferencias de Snow– es francamente subsidiario de la revolución industrial y sus efectos, especialmente de sus consecuencias en la planificación educativa, tanto básica como universitaria. Tener esto en cuenta ilumina la comprensión del proceso de redistribución de los distintos saberes, la formación de campos disciplinarios nuevos –como la sociología– o los acercamientos y rupturas entre disciplinas ya existentes –por ejemplo, la solidaridad literatura/ciencias naturales en el momento de la institucionalización de la sociología en Francia o el conflicto filosofía/sociología en Alemania–. Un aspecto estrechamente relacionado con estas reconfiguraciones de los mapas disciplinarios es el cambio de *funciones* asignadas a los distintos saberes, lo que se ilustra claramente con esa función *moralizadora* de la religión y la filosofía que se traslada a la literatura en las perspectivas de Arnold y el último Comte y que luego deriva, en distintas modulaciones, hacia la sociología. Y, por supuesto, no es de despreciar la indagación por las jerarquías, históricamente variables, entre los múltiples saberes, incluso dentro de un mismo campo disciplinario o “polo” –para usar la expresión de Snow–. ¿En qué medida afecta al debate en Inglaterra el hecho de que hayan sido las letras clásicas las que le dieron el tono a las humanidades? ¿Hubiese sido similar la postura de Snow si, en lugar de tomar como ciencia modelo la física, hubiese elegido la biología o una ciencia formal como las matemáticas? Y aquí nos atrevemos a aventurar que la respuesta sería negativa, ya que el antagonista de las ciencias biológicas, tras la que se ha dado en llamar la revolución darwinista, fue la religión, en un grado mucho mayor que las humanidades; un antagonismo que se reedita hoy en día con polémicas en torno de la clonación, el eventual determinismo derivado de conocer la constitución del genoma humano y hasta el probable descubrimiento de las bases materiales de la conciencia. En cuanto a las alianzas entre sectores internos de disciplinas diferentes, ése es

otro asunto que no se puede descuidar: no es casual que Huxley promoviese simultáneamente la expansión de las ciencias y las lenguas y literaturas modernas en el sistema educativo anglosajón –en detrimento de las clásicas–, o que la novela se aliara a la sociología mientras se distanciaba de la poesía en el campo literario alemán en la época de S. George. También cabe aclarar que el rechazo a la ciencia es, en gran medida, un problema metonímico: son los usos tecnológicos e industriales de la ciencia los que, según personajes como Arnold y el Círculo de George, han *deshumanizado* al hombre moderno, aunque incluyan la ciencia como un todo en el universo de los males que repudian. Pero además, hay una pregunta gnoseológica que recorre toda la cuestión: lo que los reclusos utilitaristas y positivistas ponían en el tapete era, justamente, la interrogación respecto de qué disciplinas ofrecían un conocimiento más acabado del mundo, y cuando se preguntaban para qué servía la literatura, esto era equivalente a la búsqueda de su dimensión cognitiva: qué verdad, respecto del mundo, portaban la literatura y la crítica literarias. Una pregunta que, por cierto, con distintos ecos y matices, resuena todavía hoy y que nos muestra hasta qué punto seguimos atrapados en la disputa entre los

románticos y los utilitaristas. Con gradaciones disímiles, es la pregunta que está en el fondo de ciertas exigencias que se le han hecho a la literatura, como los imperativos de *realismo* o de *compromiso* social.

En definitiva, textos como los de Snow y Lepenies nos estimulan a pensar en nuevas formas de intelectualidad, a idear una nueva concepción del conocimiento desde nuestra peculiar relación con la modernidad, a procurar una visión de la cultura humana que reintegre los saberes que se fueron disgregando después del humanismo renacentista.<sup>4</sup> Por ello, iluminar las condiciones históricas de la emergencia y la parcelación de las distintas áreas del conocimiento puede ayudarnos a superar nuestro cada vez más especializado –y, en ese sentido, empobrecido– ejercicio intelectual. □

<sup>4</sup> En el discurso pronunciado en ocasión de recibir el premio Kalinga en 1958, un año antes de la aparición del ensayo de Snow, el filósofo Bertrand Russell hablaba de un “empobrecimiento de la tradición renacentista” causado por la separación entre las ciencias y las humanidades. Su discurso, “Divorcio entre la ciencia y la cultura”, está reproducido en *El Correo de la UNESCO*, febrero de 1996, p. 50.